

EL JUEGO DE LAS POTENCIAS EN IRAN

por HOUCHANG NAHAVANDI*

I. LOS ESTADOS UNIDOS Y LAS POTENCIAS DE OCCIDENTE

Desde 1941, la política norteamericana se había caracterizado por una notable constancia en lo relativo a la defensa y la salvaguardia de la independencia nacional y de la integridad territorial de Irán. Los Estados Unidos habían demostrado una gran firmeza frente a la Unión Soviética durante la crisis de Azerbaiyán, permitiendo así que Irán la resolviera.

El movimiento nacionalista del doctor Mossadegh había gozado de la simpatía de la administración demócrata, que en ese entonces estaba en el poder en Washington. Es cierto que al excluir parcialmente a los británicos del escenario iraní dicho movimiento permitía que las empresas petroleras norteamericanas se establecieran en la región... Sin embargo, en enero de 1953, la llegada al poder del gobierno republicano del general Eisenhower, cuyo Secretario de Estado, John Foster Dulles, puso en práctica una política enérgica respecto de la URSS y de respaldo activo a los regímenes pro occidentales con reputación de “fuertes”, facilitó la caída del doctor Mossadegh.

Desde agosto de 1953 hasta la llegada al poder de los demócratas en 1961, Irán gozó de un apoyo total de parte de la Casa Blanca, tanto en sus relaciones —a veces conflictivas— con Moscú, como en la aplicación de sus programas de desarrollo. En numerosos círculos norteamericanos la política autoritaria pero pro occidental del Sha era observada con evidente benevolencia. Como se comprobó más adelante, no ocurrió lo mismo al comienzo de la administración Kennedy; pero esta posición cambió con el Presidente Lyndon B. Johnson, y aún más con los republicanos Richard Nixon y Gerald Ford. Sin embargo, de vez en cuando en el lado estadounidense se manifestaron inquietudes respecto de la ambiciosa política del monarca persa. Así, en un voluminoso informe fechado el 6 de agosto de 1966, el embajador Armin H. Mayer expresó su preocupación ante la eventualidad de un cambio en la orientación política de Irán. *“La crisis de septiembre de 1965 entre la India y Pakistán, escribe, persuadió al Sha de que una excesiva dependencia de la defensa iraní respecto de los Estados Unidos podría depararle a la nación persa el mismo destino de Pakistán. Por eso el soberano*

* HOUCHANG NAHAVANDI: Economista, ex Rector de la Universidad de Teherán (1971-1976). Ministro de Educación Superior y Ciencias en 1978. Autor de numerosas obras de Ciencias Económicas.

intenta lograr una libertad de maniobra" (1). El embajador advierte que en lo sucesivo el Sha ya no vacilará en utilizar un lenguaje duro, incluso amenazante, frente a Washington. Se rumorea que en 1974 Henry Kissinger declaró ante el Consejo Nacional de Seguridad: *"es necesario que el Sha cambie de política, o que se vaya"* (2). Es cierto que desde el punto de vista de la Casa Blanca Irán ya no era considerado como un satélite norteamericano y así lo daba a entender a los dirigentes estadounidenses, provocando su irritación, por más que el Sha se esforzara por apaciguarlos (3).

En consecuencia, aun cuando en la década de 1970 Irán fue la piedra angular de la política occidental en el Medio Oriente y un "aliado natural" de los EE.UU., durante su campaña electoral, el candidato Jimmy Carter trató sin miramientos la política autoritaria del Sha y lo criticó en numerosas oportunidades por permitir que en su país se violaran los derechos humanos. En los círculos allegados al futuro Presidente se denunciaba la corrupción de ciertos miembros de la familia imperial. Algunas personalidades del ala izquierdista del Partido Demócrata, muy influyente en el Departamento de Estado y en varios periódicos liberales estadounidenses, eran francamente hostiles al Sha y alentaban abiertamente a sus opositores. Esta actitud reflejaba un nuevo enfoque de los dirigentes que entraron en funciones en Washington el 20 de enero de 1977, quienes a toda costa pretendían distinguirse de sus antecesores inmediatos en el área de la política exterior. *"Un gran número de importantes funcionarios del gobierno de Carter demandaban con insistencia el establecimiento de vínculos más estrechos con movimientos como la Organización para la Liberación Palestina (OLP) y el Frente Polisario... No cabe la menor duda de que con estos esfuerzos los EE.UU. se granjearon la amistad de algunos líderes africanos y de otros dirigentes del Tercer Mundo cuyas concepciones eran similares, pero causaron una profunda inquietud entre los amigos y los aliados tradicionales y más moderados de América"* (4).

Desde entonces, la política de cooperación militar con Irán fue cuestionada reiteradamente, a pesar de las advertencias de muchos expertos, por lo que no tardó en crearse un clima de desconfianza entre ambos gobiernos. *"Esta administración es diferente, proclamaba un influyente personero de Washington. Si el Sha piensa que obtendrá todo lo que desea en materia de armamentos, se va a encontrar con una sorpresa"* (5).

- (1) Informe al Departamento de Estado, documentos incautados en la Embajada de los Estados Unidos en Teherán, volumen 8, p. 2. Esta apreciación correspondía a una opción cada vez más clara de la política exterior de Irán. Véase Mehdi Mozafari, "Les nouvelles dimensions de la politique étrangère de l'Iran", *Politique étrangère*, 1975, Nº 2; y M.R. Djalili, "L'évolution de la politique étrangère de l'Iran"..., op. cit., pp. 46 a 60.
- (2) Citado por Pierre F. de Villemarest, *Lettre d'information, Centre Européen d'Information*, boletín del 16 de octubre de 1980, p. 4. Al comentar esta frase, Villemarest escribe: *"Al obligarlo a dimitir —supuestamente para protegerlo— se sumió definitivamente esta región en una confusión peor que la creada por los problemas palestino-israelíes"*. Ibid.
- (3) Michael Ledeen y William Lewis, *Débâcle, L'échec américain en Iran*, París, Albin Michel, 1981, pág. 70.
- (4) Ibid., p. 85.
- (5) Declaración de David Aaron, colaborador inmediato de Walter Mondale, Vicepresidente de los Estados Unidos. Véase Richard Sale, "Carter and Iran: From Idealism to Disaster", *Washington Quarterly*, otoño de 1980, p. 80.

En otro orden de cosas, el embajador de Irán en Washington, Ardéchir Zahedi, ex yerno del Sha, era blanco de agudas críticas. Su actitud y sus lazos con la administración de Nixon irritaban a un sector de los círculos políticos e incluso a un hombre como Z. Brzezinski (6), quien, sin embargo, fue el más suspicaz de todos los dirigentes de ese período frente a la revolución islámica. Tal parece que esta situación tan delicada no siempre facilitó las relaciones entre el Sha y el gobierno demócrata.

Paralelamente, los contactos secretos entre la embajada norteamericana en Teherán y los opositores más radicales se hicieron públicos con el tiempo. Numerosos diplomáticos estadounidenses destacados en la capital iraní apoyaron abiertamente a la oposición. Los informes enviados a Washington adquirieron un tono cada vez más crítico, incluso en el área de la seguridad mutua y de la cooperación militar con Irán, que a pesar de todo eran consideradas vitales para el mundo libre (7).

No obstante, el Sha realizó múltiples esfuerzos para remontar la corriente. El viaje de los soberanos a los EE.UU. en noviembre de 1977, el de Carter y su esposa a Teherán a fines de ese mismo año, dieron ocasión para pronunciar y escuchar discursos lenitivos. Pero el proceso de degradación parecía haberse iniciado y se tornaba progresivamente irreversible. El aumento del descontento popular en Irán, la indecisión y la inercia, y luego los errores de percepción y de táctica del Sha para enfrentarlos, no hicieron más que alertar a sus adversarios en el seno de la administración y de los círculos políticos norteamericanos. Algunos personajes influyentes no dudaban en declarar sin ambages que *"el Sha es el problema de Irán"* (8). *Muchos eran los funcionarios de la administración de Carter que se felicitaban ante las dificultades del Sha, que a juicio de ellos confirmaban su teoría según la cual el monarca persa era demasiado autocrático como para merecer el apoyo norteamericano*" (9). En consecuencia, la administración de Carter y el Departamento de Estado suspendieron gradualmente la ayuda económica a Irán y retiraron su apoyo moral y político al Sha (10). Al gobierno iraní se le reprochaba sobre todo el hecho de permitir que se violaran los derechos humanos. La propaganda anti-iraní fue respaldada en numerosos círculos políticos liberales.

Estos hechos y estas palabras no reflejaban aún la política oficial de los EE.UU. *"El gobierno de Carter, escribe Pierre Salinger, no tenía la menor idea de lo que había que hacer en Irán"* (11). Ante la ausencia de una política norteamericana coherente y clara, el Sha comenzó a percibir desde septiembre de 1978 un cambio de actitud hacia su persona (12).

(6) Michael Ledeen y William Lewis, *Débâcle...*, op. cit., p. 94.

(7) Véase sobre todo un informe fechado el 5 de abril de 1977, documentos incautados en la embajada, Vol. 8, p. 198 a 212.

(8) Opinión expresada por Robert Hunter, Jessica Tuchman, David Aaron... véase *Débâcle*, op. cit., p. 99.

(9) *Ibid.*, p. 145.

(10) Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and double standards*, Rationalism and Reason in Politics, An American Enterprise Institute, Simon and Schuster Publication, New York, 1982, p. 8.

(11) Pierre Salinger, *Otages, les négociations secrètes de Teherán*, traducción francesa, París, Buchet/Chastel, 1981, pág. 38.

(12) Entrevista, *The Iran Times*, Washington, 30 de mayo de 1980.

Cabría formular diversas observaciones a propósito de la política de la Casa Blanca durante el período revolucionario:

Aparentemente, los norteamericanos no tenían una concepción clara de la situación interna de Irán. *“Cuando Sullivan y otros diplomáticos estadounidenses abandonaron Teherán durante el verano boreal de 1978 para salir de vacaciones, estaban convencidos de que los disturbios no tardarían en estallar, pero pronosticaban un plazo de algunos años, no de algunos meses”* (13). Un informe del encargado de negocios norteamericano en Teherán, fechado el 17 de agosto, sólo da cuenta de *“disturbios aún de poca importancia”* (14). El embajador de los EE.UU. retornó de sus largas vacaciones recién a fines de agosto. En aquel mes, la CIA manifestó al Presidente Carter que la situación de Irán *“no es ni revolucionaria, ni incluso prerrevolucionaria”* (15).

La administración de Carter poseía, asimismo, una idea errónea sobre la oposición clerical. Para Richard Cottam, profesor de la Universidad de Pittsburgh, y en ese entonces consejero consultado asiduamente por el Departamento de Estado, quien se refería a la *“ideología islámica”*, el ayatola Khomeini *“no tenía el menor interés por ejercer el gobierno”* (16). Ciertos dirigentes norteamericanos consideraban al ayatola como *“una figura religiosa esencialmente admirable, una especie de santo”* (17). Cuando los periódicos estadounidenses publicaron largos extractos de sus obras, que lo retrataban como a un individuo violentamente antioccidental, antiestadounidense, antisionista, antisemita., el Departamento de Estado y la CIA sintieron una honda consternación y un gran disgusto (18). Henry Precht, responsable del área de Irán en el Departamento de Estado, *“consideraba [estos textos] cuando más como una recopilación de apuntes tomados por estudiantes, y en el peor de los casos, como una falsificación”* (19). Los analistas oficiales norteamericanos no disponían de ningún ejemplar de las obras del ayatola Khomeini (20). Fue sólo durante el invierno boreal, después de investigaciones y contrainvestigaciones, cuando los funcionarios de Washington establecieron que las obras del ayatola existían realmente y sólo habían sido escritas por él. Así, *“al caos de Irán correspondía la confusión en Washington”* (21).

A la confusión para percibir la realidad interna de Irán se sumaba la confusión, aún mayor, que implicaba la necesidad de adoptar una política definitiva. Se ha señalado, no sin razón (22), que frente a la revolución iraní los EE.UU. habían concebido cinco políticas contradictorias.

(13) Pierre Salinger, *Otages...*, op. cit., p. 41.

(14) Documentos incautados en la embajada norteamericana en Teherán, volumen 12, p. 21.

(15) Jimmy Carter, *Keeping Faith...*, “Memoirs of a president”, Bantam books, Toronto, Nueva York, London, Sydney, 1982, pág. 438.

(16) Michael Ledeen y William Lewis, *Débâcle...*, op. cit., p. 153.

(17) Embajador Andrew Young.

(18) Michael Ledeen y William Lewis, *Débâcle...*, op. cit., p. 154.

(19) *Ibid.*

(20) *Ibid.*

(21) *Ibid.*, p. 196.

(22) Michael Poniatowski, *Entrevista concedida a la red T.F.-I*, la noche de la elección de Ronald Reagan como Presidente de los Estados Unidos.

Tal parece que por una parte Brzezinski, a la cabeza del Consejo Nacional de Seguridad, recomendaba al Sha que diera muestras de firmeza y no cediera ante los tumultos callejeros (23). Mientras que el Departamento de Estado, dirigido por Cyrus Vance, sugería y hacía aplicar una estrategia diametralmente opuesta (24). Para poner orden en esta política confusa, se decidió más tarde enviar en misión a Teherán, después de muchas otras iniciativas similares, a un diplomático experimentado, Theodore Eliot; pero esta misión fue anulada. Luego se confió otra misión al general Huyser, Comandante en Jefe Adjunto de las fuerzas de la OTAN, quien se esforzó por acelerar y organizar la salida del Sha y garantizar sobre todo una transmisión pacífica del poder en provecho del ayatola Khomeini (25).

A propósito de esta misión, las explicaciones contradictorias de Carter (26), Brzezinski (27), y Sullivan (28), demuestran su incomodidad para revelar su verdadera naturaleza y sus objetivos luego del giro desastroso que tomaron los acontecimientos y del fracaso de la política norteamericana. Las personas con quienes se contactó el general norteamericano durante su estadía en Teherán se formaron la misma impresión en cuanto a sus objetivos que la expresada por el Sha: aparentemente había venido a impedir el desmembramiento del ejército iraní, pero, más que nada, cualquier iniciativa de éste en contra del acceso al poder del ayatola Khomeini y sus adeptos (29). Si el general Huyser tenía otras instrucciones, sus interlocutores iraníes no fueron informados al respecto. Asimismo, durante el proceso expeditivo que precedió a su ejecución, el general Rabii, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea iraní, declaró ante sus jueces: *"El general Huyser expulsó al rey del país como a un ratón muerto"* (30). Ahora bien, este militar había sido el principal interlocutor y asociado de su colega norteamericano.

La renuncia del general Alexander Haig, en ese entonces Comandante en Jefe de las fuerzas de la OTAN, en señal de protesta contra esta misión confiada a su oficial adjunto, confirma esta impresión. El general Haig era contrario a cualquier tipo de apoyo occidental y norteamericano a la revolución iraní.

En Teherán, de acuerdo con los documentos incautados en la embajada de los EE.UU., la actitud de la representación diplomática fue francamente hostil al régimen y favorecía sistemáticamente a la oposición. Se llegó incluso al extremo de supervisar los preparativos de la llegada del ayatola (31) para que así todo el proceso transcurriera sin problemas. Más tarde, Jimmy Carter se vio enfrentado sin miramientos a su embajador en Teherán, William Sullivan, quien escribe Carter, *"había perdido el control de sí mismo"* (32),

(23) Pierre Salinger, *Otages...*, op. cit., p. 45.

(24) Ibid., p. 39. Jeane Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit., pp. 40-41.

(25) S.M.I. Mohammed Reza Pahlevi, *Réponse à l'Histoire*, París, Albin Nuchel, 1979, pp. 245-246.

(26) Jimmy Carter, *Keeping Faith...*, op. cit., p. 443-450.

(27) Zbigniew Brzezinski en *Newsweek*, ejemplar fechado el 14 de mayo de 1983.

(28) William H. Sullivan, *Mission to Iran...*, W.W. Norton and Company. Nueva York, Londres, 1981, p. 227-234; asimismo, p. 238.

(29) Houchang Nahavandi, *Iran, deux rêves brisés*, París, Albin Nuchel, 1981, p. 125-195.

(30) Declaración ante el tribunal revolucionario islámico de Teherán.

(31) Documentos incautados en la embajada norteamericana en Teherán, volumen 27, pp. 100, 104 y 130-133.

(32) Jimmy Carter, *Keeping Faith...*, op. cit., p. 446.

y a su Ministro de Asuntos Exteriores, a quien acusó simplemente de haberle desobedecido (33). El embajador Sullivan, por su parte, atacó violentamente a sus superiores jerárquicos de entonces y declaró que "*ciertos funcionarios del Departamento de Estado habían deseado que el Sha cayera a cualquier precio [y que] la diplomacia norteamericana se había equivocado completamente respecto del porvenir de Irán*" (34).

Ahora bien, ¿cuál era realmente la línea de conducta del Presidente de los EE.UU.? Es difícil percibir alguna, en la actitud y en la manera de proceder de Jimmy Carter durante este período. No sería excesivo suscribir las palabras de un observador norteamericano, quien sostiene que "*el gobierno de Carter jamás comprendió verdaderamente ni el sentido ni el objetivo de la revolución iraní*", [lo cual] *lo expuso a uno de los fiascos diplomáticos más graves de la historia*" (35). "*Malas ideas traen malas consecuencias*" (36).

Por cierto que el hecho de comprobar esta confusión no disminuye en ningún grado la responsabilidad del Sha por ceder ante los tumultos y abandonar el país. Sólo dos meses antes de su muerte el soberano declaró: "*fue un error de mi parte seguir los consejos angloamericanos*" (37).

La conferencia de Guadalupe, donde a partir del 5 de enero de 1979 se reunieron los presidentes Carter y Giscard d'Estaing, el canciller de Alemania Federal, Helmut Schmidt, y el Primer Ministro de Gran Bretaña, James Callaghan, no fue más que la consagración definitiva de la actitud occidental en favor de un cambio de régimen en Irán. Desde entonces se realizaron todos los esfuerzos para precipitar la partida definitiva del Sha y la caída de la monarquía. Entre otros funcionarios, algunos miembros de la *Savak*, estrechamente vinculados con los servicios secretos occidentales, además de la fuerza aérea, fuertemente subordinada a oficiales norteamericanos, entraron abiertamente en acción a favor de la revolución, y la presión diplomática se intensificó cada vez más para producir el cambio de mando en Teherán.

Igualmente, cabe formular dos observaciones a propósito de la actitud de los países occidentales.

Fue el territorio francés desde donde el ayatola Ruholah Khomeini se transformó en el símbolo y el líder de la revolución iraní, desde donde se "fabricó" verdaderamente su personaje. Fue el municipio de Neauphle-le-Château desde donde se promovió la insurrección contra el poder constitucional y legítimo de un país amigo de la República Francesa. Ciertamente no cabe duda de que la llegada a Francia en calidad de turista del ayatola, titular de un pasaporte regular y en orden, no había motivado ninguna objeción de

(33) *Ibid.*, p. 449.

(34) *Le Monde*, 9 de septiembre.

(35) Pierre Salinger, *Otages...*, op. cit., p. 282.

(36) Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and double standards...* op. cit., p. 8.

(37) Entrevista, *The Iran Times*, Washington, 30 de mayo de 1980. Cf.: Hilaire du Berrier, "Shah Pahlavi blamed himself for blind reliance on US", *A foreign affairs letter* H. du B. Reports, volume XXIII, Letter 5, September 1980.

parte del gobierno iraní ni del propio Sha (38). Pero las facilidades excepcionales de que gozaron en todo sentido el ayatola y su séquito para llevar a cabo su empresa desde el territorio francés, ¿se ajustaban a las usanzas diplomáticas y a los principios del derecho internacional? Cabe hacerse esta pregunta.

La misma observación podría aplicarse a la actitud británica. Londres nunca había sido muy adepta a la política del Sha. Los contactos entre ciertos círculos ingleses y miembros del clero de Irán son tradicionales y pudieron ser evocados a propósito de la revolución en dicho país (39). Efectivamente, en la coalición integrada por un amplio sector de los medios de difusión con el fin de precipitar los acontecimientos y desestabilizar a la nación persa, “*el más eficaz fue la British Broadcasting Corporation. Desde su llegada a Francia y hasta su retorno a Teherán, Khomeini fue objeto hasta la saturación de reportajes de los corresponsales de la BBC*”. Pronto los iraníes “*se convencieron de que las numerosas emisiones cotidianas de la BBC en dirección al Medio Oriente, en las que se incluían las más recientes pensamientos y anhelos del ayatola, eran la prueba formal de una colusión entre los revolucionarios de su país y el gobierno británico*” (40). Si en el plano internacional el fenómeno comenzaba a interesar evidentemente al público, es necesario precisar que el ayatola Khomeini era todavía poco conocido en Irán cuando vino a establecerse en Francia, y que por lo común las emisiones en idioma persa de la BBC, al igual que todas las destinadas a las regiones “*delicadas*”, se inspiraban principalmente en la política del gobierno británico.

Asimismo, la posición de Israel frente a la revolución iraní sigue siendo muy compleja. A pesar de respaldar los derechos legítimos del pueblo palestino, Irán ha manifestado una actitud de comprensión benévola y realista respecto del Estado judío. Ambos países mantuvieron relaciones culturales y económicas normales y a menudo cooperaban en el área de la investigación y de la lucha contra el terrorismo internacional. Aun cuando a Irán le correspondió desempeñar un importante papel en el relativo éxito militar obtenido por Egipto durante la guerra de Yom Kippur, proporcionando a esta nación asistencia económica y logística, las relaciones con Israel no se vieron mayormente afectadas por este motivo.

En cambio, se pudo advertir que en numerosos círculos influyentes del Estado hebreo no se veía con malos ojos el debilitamiento de Irán por la revolución. Ello obedecía a diversas razones:

—El desmembramiento del ejército iraní, el único en el Medio Oriente capaz de medirse victoriosamente con las fuerzas armadas israelíes, hizo desaparecer la amenaza potencial que representaba para Israel un viraje político en Irán. Un Estado iraní fuerte, que dispusiera de fuerzas armadas con un contingente numeroso, y apoyara sin reservas una política de

(38) Véase Edouard Sablier, *Iran, La poudrière...*, op. cit., p. 62 a 64. Houchang Nahavandi, *Iran, deux rêves brisés*, “Irán, la poudrière, les secrets de la révolution islamique”, París, Robert Laffont, 1980, p. 1954.

(39) Robert Dreyfus, *Hostage to Khomeini*, Nueva York, New-Benjamín Franklin House Publishing Company Inc., 1980.

(40) Michael Ledeen y William Lewis, *Débâcle...*, op. cit.

confrontación con el Estado israelí, habría podido modificar el equilibrio de las fuerzas en la región. La eliminación del poderío iraní no podía sino favorecer, al menos en corto plazo, la estrategia política israelí.

—En el curso de los primeros meses de la revolución se produjo una considerable transferencia hacia Irán de combatientes palestinos desde las regiones próximas a las fronteras israelíes, lo cual permitió aliviar temporalmente la presión militar de la OLP sobre Israel.

—La revolución islámica, retrógrada y sanguinaria, pudo proporcionar buenos motivos de propaganda a cierto extremismo israelí en su campaña contra las ideologías de tinte religioso, bajo las cuales se amparan algunas tendencias árabe-palestinas.

—No obstante, fue el conflicto entre Irán e Irak el que específicamente dio lugar a una cooperación militar constante entre Israel e Irán revolucionario y puso en evidencia cierta complicidad entre ambos gobiernos. El objetivo de Jerusalén era debilitar las fuerzas armadas irakíes, otros adversarios militares de fuste para Israel. A partir de julio de 1981, esta cooperación militar fue de conocimiento público (41). Desde el inicio del conflicto, Israel comenzó a despachar grandes cantidades de armas hacia Irán. Se calcula que a mediados de 1982 el valor de estos envíos ascendía a más de 250 millones de dólares (42). Incluso durante la intervención militar israelí en el Líbano, el verano boreal de 1982, no cesaron de establecerse contactos de cooperación entre Jerusalén y Teherán (43), que sin embargo hacía público alarde de su apoyo a los maximalistas palestinos. Fue así como Irán pudo adquirir, por un monto de 50 millones de dólares, armas provenientes de los arsenales de la OLP, incautadas en el Líbano por los israelíes (44). El intercambio de misiones militares entre ambos países había sido muy importante desde la primavera boreal de 1982 (45). Por último, la cooperación militar entre Israel y el régimen iraní fue reconocido oficialmente desde mayo de 1982 por el general Ariel Sharon (46).

Por consiguiente, en el plano internacional la política israelí respecto de Irán revolucionario constituye uno de los aspectos más curiosos de los acontecimientos, y confirma la extrema confusión de los políticos occidentales, cuyas consecuencias demuestran indudablemente el fracaso (47).

La política occidental —¿se puede calificar de “política” tal sarta de ignorancia, indecisión e incoherencia, fundada en los prejuicios, los intereses mezquinos y los ajustes de cuenta poco gloriosos? — acabó por favorecer la caída de un país que por cierto sufría problemas internos, pero que era un

(41) *Sunday Times*, 26 de julio de 1981.

(42) *L'Express*, edición del 30 de abril al 6 de mayo de 1982. *Iran and Persian Gulf Report*, publicado por el Center of Middle East Studies, Dallas, 5 de mayo de 1982. Pierre F. de Villemarest, *Lettre d'Information*, 17 de mayo de 1982. Centre Européen d'Information.

(43) *Valeurs Actuelles*, 19 de julio de 1982.

(44) *Le Quotidien de Paris*, sábado 21, domingo 22 de agosto de 1982.

(45) *Le Matin*, 17 de marzo de 1982.

(46) *El Quotidien de Paris*, 3 de mayo de 1982.

(47) Véase toda la introducción de la obra de la embajadora Jeane J. Kirkpatrick, “Dictatorships and double standards”..., op. cit., p. 7-18.

amigo y un aliado fiel y estable de Occidente. Se colaboró a implantar en su lugar un régimen totalitario, sanguinario y terrorista que se transformó en aliado del bando contrario y está a punto de convertirse en uno de sus satélites.

En el extranjero, el mayor reproche que se le hacía al régimen anterior era su carácter autoritario, y las violaciones —reales o supuestas— de los derechos humanos. Se había organizado una campaña mundial para denunciarlos. Con la ayuda de la desinformación se procuró justificar la desestabilización de Irán ante los ojos de la opinión pública internacional. ¡Qué decepción! El actual régimen iraní, oficialmente totalitario, es uno de los más sanguinarios de la historia y llega incluso al extremo de considerar la noción de los derechos del hombre como una invención del “imperialismo occidental”.

En definitiva, el Estado islámico, antisoviético y nacionalista que algunos habían soñado con instalar al sur del imperio moscovita, sólo se ha transformado en una nueva base de la subversión mundial.

Triste política, triste balance.

II. LA UNION SOVIETICA

La política de la Unión Soviética frente a los sucesos que estremecieron a la nación iraní fue de una sutileza notable y absolutamente bizantina. Realista por tradición, los soviéticos tal vez no podían imaginar que las potencias occidentales iban a abandonar a su aliado más poderoso en la región, por lo que observaron una neutralidad oficial y estricta respecto del gobierno iraní hasta la partida del soberano, el 16 de enero de 1979.

Irán, aliado fiel y confiable de Occidente, aplicaba para con la URSS una política de buena vecindad dictada por las exigencias geopolíticas, la cual no cesó de confirmarse durante esos últimos años. El 15 de septiembre de 1962, en un intercambio de notas diplomáticas, Irán se comprometió a no aceptar en su territorio ni la instalación de bases de misiles, ni la organización de una agresión contra la URSS. Confiado en esa garantía, Moscú hizo la vista gorda ante el emplazamiento de estaciones de escucha norteamericanas en Irán. Incluso llegó al extremo de suspender las emisiones radiofónicas clandestinas, que aparentemente provenían de Bulgaria con destino a Irán. Las radios soviéticas, al contrario de los medios de comunicación occidentales, se abstuvieron de criticar directamente al Sha antes de que éste abandonara Irán.

Desde comienzos de la década posterior, las relaciones económicas y la cooperación técnica habían continuado desarrollándose en provecho de ambos asociados, y se habían concretado en realizaciones espectaculares. Aun cuando Irán se oponía firmemente a cualquier penetración ideológica y a la subversión, permitía mantener una zona de seguridad en una región en la periferia de la URSS. Por consiguiente, mientras el poder constitucionalmente legítimo se mantuvo en ejercicio, Moscú salvó las apariencias de la corrección diplomática en las relaciones entre ambos Estados, salvaguardando la posibilidad de sacrificar, si fuera necesario, la preocupación estratégica de

expansión ideológica en aras del imperativo táctico de cooperación con el gobierno en el poder.

Sin embargo, las preocupaciones ideológicas, la permanente obsesión de emprender una expansión hegemónica y promover la revolución "antiimperialista", no estuvieron ausentes en la política soviética, pero se utilizaron vías y medios oblicuos.

En primer lugar, con la preparación del Tudeh o partido comunista iraní, combatido por el régimen imperial y apoyado en la clandestinidad por el Kremlin, para reanudar su actividad en el escenario político iraní. Entró en acción desde 1977.

En seguida, con el papel decisivo que desempeñaron los países alineados con la política soviética en la revolución iraní y los efectivos proporcionados por las organizaciones maximalistas palestinas. Todos los indicios disponibles permiten ratificar lo afirmado por numerosos observadores, respecto de que Libia envió enormes sumas de dinero a la oposición iraní, y que esta asistencia se proporcionó durante los meses que precedieron al triunfo de la revolución. Además, Siria, nación pro soviética, prestó su apoyo activo y permanente a los revolucionarios, procurándoles facilidades, informaciones y bases de repliegue.

El respaldo más inmediatamente eficaz provino por cierto de las organizaciones palestinas, sobre todo las de tendencia marxista y pro soviética. Estas organizaciones habían abierto sus campamentos a los iraníes reclutados para las operaciones posteriores. De este modo, cientos de iraníes, hombres y mujeres, fueron adiestrados en la guerrilla urbana por instructores cubanos, alemanes orientales o checos. Se les proporcionó una gran cantidad de armamentos, financiados en parte por Libia.

Aprovechando la liberalización del régimen iraní a raíz de la llegada al poder del Presidente Carter, los palestinos y sus émulos entraron masivamente a Irán. Como ya lo hemos subrayado, cumplieron un papel decisivo durante los disturbios del segundo semestre de 1978 y hasta la noche entre el 11 y el 12 de febrero de 1979, cuando el régimen se derrumbó definitivamente.

Tan pronto como llegó a Neauphle-le-Château, el ayatola Khomeini recibió la visita de un emisario libio, el comandante Salahekudin, y de Farough Khaddoumi, jefe del Departamento Político de la OLP. Se suscribió y homologó un acuerdo por medio de un intercambio epistolar. Ibrahim Yazdi y Sadegh Ghotbzadeh servían de agentes intermediarios. El grueso de la ayuda técnica y humana era proporcionado a los revolucionarios por el Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina (FDPLP) de Nayef Hawatmeh, y el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), del doctor Georges Habbash, ambos marxistas y pro soviéticos. Por último, los contactos con los comunistas eran facilitados por algunos iraníes establecidos en París y por el líder libanés Mohsen Ibrahim.

Asimismo, la integración de la revolución islámica iraní en la internacional terrorista se afianzó sólidamente y en lo sucesivo no dejó de consolidarse cada vez más. El régimen iraní se involucró en un proceso gradual de radicalización y soviétización en cuya gestación la política occidental contribuyó indiscutiblemente.

La infiltración y la conquista del liderazgo de la revolución islámica por elementos de apariencia integrista, pero sobre todo marxinalistas y pro marxistas se tradujeron primeramente en medidas de transformación y de modificación de las estructuras internas de la sociedad iraní, destinadas a suprimir toda eventual resistencia a un ulterior dominio absoluto.

Desde los inicios de la revolución, la economía iraní fue colectivizada progresivamente, aun cuando la confiscación de los bienes de los demás, incluso en provecho del Estado, fuera contraria a los principios del Islam. Al nacionalizarse los bancos, la mayor parte de los establecimientos industriales y las grandes sociedades comerciales y técnicas, al asumir el Estado el control del comercio exterior, y por último, al racionarse los productos de consumo habitual al cabo de unos dos años, se llegó a transferir masivamente la propiedad y la gestión del sector económico a la administración. A ello hay que agregar la confiscación —de hecho o de derecho— de una parte considerable (difícil de evaluar) del patrimonio inmobiliario en beneficio del Estado, de los dignatarios del régimen, del Partido de la República Islámica o del Tudeh. Una ley recientemente sancionada por el “Parlamento”, pero al parecer impugnada por el “Consejo de Vigilancia de la Constitución”, hace extensiva la confiscación a los bienes mobiliarios e inmobiliarios de todos los iraníes residentes en el extranjero, incluso en situación regular frente a las autoridades de Teherán.

Todos los estratos e instituciones sociales que podrían oponerse a la hegemonía soviética en Irán fueron o están siendo progresivamente eliminados: la monarquía, el ejército —doce mil oficiales purgados, y otros mil ejecutados—, la Universidad, los partidos laicos y nacionalistas, la jerarquía religiosa tradicional. Al mismo tiempo, se emprendió una iniciativa de destrucción sistemática de la cultura iraní, con el único propósito de aniquilar la identidad nacional.

Paralelamente a la colectivización de la economía y de la sociedad iraní —etapa necesaria y previa a la ocupación del país por elementos marxistas y prosoviéticos— se pusieron en práctica otros complejos mecanismos de penetración, mediante la infiltración del clero.

En julio de 1981, Moscú y Teherán firmaron dos acuerdos de cooperación militar, uno relativo al abastecimiento de armas y municiones a Irán, y otro sobre la formación de oficiales y la prestación de asistencia técnica. Si bien es cierto que durante la monarquía Irán había comprado grandes cantidades de equipo militar en la Unión Soviética, esas adquisiciones no incluían ni asistencia técnica ni formación de oficiales. Más recientemente, un protocolo de cooperación en materia de transporte de carretera y de tránsito suscrito por ambas naciones, permitió que los camiones soviéticos circularan a través de Irán sin ningún control. Testimonios coincidentes prueban que se enviaron refuerzos soviéticos a Afganistán por la red caminera iraní (48).

(48) *L'Express*, edición del 26 de noviembre al 2 de diciembre de 1982. Houchang Nahavandi, “A propos des accords militaires irano-sovietiques”, *Le Quotidien* de Paris, 7 de diciembre de 1982.

Por otra parte, la URSS otorgó asistencia técnica a *La Savama*, policía secreta del régimen iraní. “Este apoyo proporciona además la ocasión de mostrar con un aspecto islámico la realidad soviética: en efecto, los especialistas del KGB hablan el persa y participan en las oraciones de los musulmanes” (49). Se cree que ya está funcionando un centro de entrenamiento en el sector norte de los alrededores de Teherán (50). Según se rumorea, Heydar Aliev, vicepresidente del Consejo Soviético y de origen azerbaiyano, se ocupó personalmente de los asuntos iraníes. En junio de 1982 había manifestado el deseo de reunificar los dos sectores de Azerbaiyán, el iraní y el soviético (51). El ascenso vertiginoso de Aliev desde la llegada al poder de Yuri Andropov tal vez reflejó, entre otras cosas, el particular interés que Irán despertaba en la nueva dirigencia soviética. La instalación en Alemania Oriental de un centro de entrenamiento de falsos mulás por parte del KGB (52), constituye un aspecto particularmente interesante de las maniobras de penetración e infiltración de los servicios especiales soviéticos en dirección a Irán (53).

El número de expertos soviéticos que en la actualidad trabajan en Irán es obviamente difícil de determinar. En marzo de 1982 se estimaba en 2.000 (54). Más recientemente se ha calculado que el número total de especialistas provenientes de la URSS y de países alineados que trabajan en Irán asciende a 20.000 (55). El personal diplomático soviético ha aumentado de 40 personas durante la monarquía a más de 200. Los soviéticos acaban de instalar una estación de escucha y vigilancia en la montaña Kouhé Malek Siah, en Beluchistán, a 55 kilómetros de Zahédan y a 700 kilómetros de Arabia Saudita (56). Por otra parte, la infiltración de los agentes soviéticos en esta región se considera particularmente importante.

La función de los países satélites (o alineados) en este mecanismo de penetración es sumamente significativa: desde septiembre de 1980 Libia comenzó a suministrar por vía aérea armas soviéticas a Irán (57). Más adelante, Corea del Norte y Siria sirvieron también de enlace en el abastecimiento de equipo militar al régimen de Khomeini.

Aun cuando algunos países occidentales hayan continuado vendiendo, directa o indirectamente, armas y piezas de repuesto a Irán, no cabe ninguna duda de que la continuación de la guerra entre Irán e Irak aumenta la dependencia militar y económica respecto del bloque soviético.

En vista de la eliminación física, de las purgas o del éxodo masivo de la elite iraní —y de la expulsión de numerosos técnicos extranjeros que

- (49) René Cagnat, “L’U.R.S.S. en Iran: vers la percée”, *Défense Nationale*, noviembre de 1982, p. 80.
- (50) Thierry Wolton, “Comment l’U.R.S.S. infiltre l’Iran”, *Le Point* Nº 539, 17 de enero de 1983.
- (51) *Daily Telegraph*, 15 de febrero de 1983.
- (52) Robert Lacontre, *La Machine Andropov. Spectacle du Monde*, febrero de 1983.
- (53) John J. Metzler, *Soviets Ready to take Iran*, *Washington Inquirer*, 10 de diciembre de 1982, p. 5.
- (54) Pierre F. de Villemarest, *Lettre d’Information*, marzo de 1982, *Centre Européen d’Information*.
- (55) *Der Spiegel*, 14 de febrero de 1983.
- (56) René Cagnat, “L’U.R.S.S. en Iran...”, op. cit. Thierry Wolton, “Comment l’U.R.S.S...”, op. cit.
- (57) Pierre de Villemarest, *Lettre d’Information*, 16 de octubre de 1980. *Centre Européen d’Information*.

trabajaban en Irán— la República Islámica recurre cada vez más a los países del este (o a los palestinos maximalistas) para hacerse cargo de los principales sectores de la actividad nacional. Así, los puertos, las vías férreas, la petroquímica, la siderurgia y la industria del cobre, se encuentran prácticamente bajo el control de expertos del bloque oriental o de asimilados: rumanos, búlgaros, húngaros, alemanes orientales, norcoreanos.

De este modo, la URSS ya ha cumplido varios de sus principales objetivos, por el sólo hecho de instaurarse el actual régimen iraní:

— Eliminación del ejército iraní, que era una de las principales fuerzas de defensa del mundo no comunista.

— Eliminación de la presencia occidental, sobre todo norteamericana, y en especial de bases de escucha instaladas al norte de Irán.

— Fin del papel de “gendarme del Golfo Pérsico”, hasta hace poco desempeñado por Irán. Lo cual facilita, llegado el momento, la desestabilización de los demás países de la región, principales fuentes de abastecimiento petrolero de Europa Occidental y de Japón.

— Alineamiento de la política exterior de Irán de acuerdo con la de los países supuestamente “no alineados” (en realidad pro soviéticos) como Cuba, Libia y Yemen del Sur, y su apoyo activo a los movimientos subversivos y terroristas antioccidentales en todo el mundo.

— Apoyo directo y masivo a los movimientos palestinos, sobre todo a los más radicales como el FPLP. Además, se cree que desde la expulsión de los palestinos del sur del Líbano, varios centros de entrenamiento terrorista fueron transferidos a Irán.

Aprovechando al máximo estas ventajas ya adquiridas desde hace cuatro años, los soviéticos no han cesado de consolidar su posición al interior de Irán y de tornarla cada vez más irreversible, gracias a los mecanismos que hemos analizado brevemente.

En este mecanismo de penetración se utilizan varios elementos paralelos (58), en los que la red más importante parece ser, como ya lo hemos subrayado, los mulás integristas (59), cuyos vínculos con los servicios especiales y del este (60), con el terrorismo internacional (61), y con los movimientos revolucionarios pro soviéticos (62), son de todos conocidos.

La función del *Tudeh* o Partido Comunista iraní, dentro de la estrategia soviética en la nación persa, merece un estudio más detallado.

(58) *L'Express*, edición del 22 al 28 de diciembre de 1979.

(59) Houchang Nahavandi, “Iran: Sovietisation ou Libération?” *Politique Internationale*, abril de 1983.

(60) Pierre de Villamarest, Lettre d'Information, 10 de octubre de 1981, *Centre Européen d'Information*.

(61) Edouard Sablier, *Le fil rouge*, Histoire secrète du terrorisme international. París, Plon, 1983.

(62) Clifford A. Kiracofé, “The Soviet Network in Central America. *Midstream*, mayo de 1981. *Valeurs Actuelles*, 7 de septiembre de 1981.